

La identidad ideológica de la Falange Nacional entre su formación y 1938*

The ideological identity of the Chilean Falange Nacional between
his formation and 1938

Luis Corvalán Marquez**

Resumen

El presente texto intenta demostrar que el ideologismo de la Falange Nacional, entre su formación y 1938, cuando se separara del Partido Conservador, distaba mucho de circunscribirse sólo al pensamiento social cristiano tal como lo formularan las encíclicas papales, o al catolicismo social de la época, como normalmente se piensa. El artículo sostiene que el ideologismo de la Falange más bien correspondía al de la derecha nacionalista y antiliberal europea de la época, con sus tesis sobre el Estado autoritario, su corporativismo y su rechazo a la democracia liberal partidocrática, ideas cuya implementación práctica debían dar lugar a un "Orden Nuevo".

Palabras clave: Estado autoritario, corporativismo, antiliberalismo, Orden Nuevo.

Abstract

This article attempts to show how the ideologism of the Falange Nacional, between his origin and 1938, - date of Conservative Party separation-, was far from to be limited to social christian thought, such this was formulated for the Encyclicals of the Popes, or the social catholicism of the epoch, how normally it supposed. On contrary, the article argues that the Falange Nacional's ideologism was the same of the european national and antiliberal righth side of the epoch, that defend an authoritarian State, a corporatist regime, rejects the partitocratic liberal democracy and propose the creation of a New Order.

Keywords: Authoritarian State, corporativism, antiliberalism, New Order.

* Este artículo forma parte del proyecto "De Jorge González von Marées a Jaime Guzmán: para una historia del pensamiento antidemocrático chileno.1931-1989." Dirección de Investigaciones de la Universidad de Valparaíso (DIUV), DIUV-Reg. n° 19-2011

** Doctor en Estudios americanos, académico del Instituto de Historia y Ciencias Sociales de la Universidad de Valparaíso, lcorvala@hotmail.com

La historia de la Falange Nacional, en lo que se refiere a sus aspectos ideológicos, nunca ha sido muy bien estudiada. Esta afirmación es sobre todo válida para el periodo anterior a 1938. Lo que se ha escrito sobre el tema, a nuestro juicio, ha tendido, por otra parte, a invisibilizar un hecho fundamental. A saber, el que las concepciones de la Falange, durante el periodo indicado, coincidían en muchos puntos relevantes con el ideologismo de las derechas nacionalistas de la época (en su versión católica), caracterizado por ser contrario a la democracia liberal y partidario de un "Orden Nuevo" a instaurar mediante una "revolución nacional". La mencionada coincidencia ha tendido a ser velada mediante afirmaciones según las cuales la identidad ideológica de la Falange se definiría sólo por su alineamiento con las doctrinas social cristianas o con el catolicismo social, (las que, en todo caso, también formaban parte de su corpus doctrinal).

Así, por ejemplo, Sergio Guillisasti en su libro *Partidos políticos chilenos*, afirma que las ideas de la Falange "habría que buscarlas...en las ideas socialcristianas que, después de la aparición de la Encíclica *Rerum Novarum*, empezaron a agitar a comienzos de siglo, a los sectores católicos del país."¹ Alejandro Silva Bascuñán, por su parte, sostiene que la Juventud Conservadora, -que luego se transformaría en Falange Nacional-, por sus ideas profesaba el "catolicismo secular, pero dentro de la orientación y características que le daban tanto el renacimiento intelectual francés de la primera Guerra Mundial y posterior a ella, como la resurrección hispanista representada por los escritores que combatían en la Madre Patria las tendencias anticristianas que dieron el tono a la República de Azaña."² Silva Bascuñán, en todo caso, no se refiere al contenido de estas corrientes cristianas.

Las referencias sobre un eventual alineamiento ideológico de la Falange con la extrema derecha contraria a la democracia liberal, son, en cambio, explicitadas, aunque no demostradas, en los planteamientos de Hernán Ramírez Necochea. Este sostiene que al interior de la Falange se produjo un "enfrentamiento entre los que habían recibidos influencias fascizantes y los que sostenían... que el socialcristianismo sólo podía realizarse en una sociedad democrática."³ Estas afirmaciones de Hernán Ramírez se refieren, en todo caso, al periodo que siguió a la separación de la Falange respecto del Partido Conservador. O sea, al lapso posterior a 1938, que queda fuera de nuestro análisis.

Otros autores, como Jorge Vergara, o Isabel Jara hacen mención, -sin demostrarlas mayormente-, a las vinculaciones ideológicas de la Falange con el rexismo belga, o con el falangismo español, ambas de cuño católico. Es decir, con entidades si no del todo fascistas, al menos filo-fascistas. George Grayson, a su vez, en su clásico libro *La Democracia cristiana chilena*, en parte se hace cargo del tema. Desde ya rechazando cualquier vinculación fascista de la Falange. Grayson sostiene que ésta "era militante; (pero) no era fascista."⁴ Su ideario, agrega, era "mesiánico, idealista, (y) utópico."⁵ A la par, este autor reconoce que el ideologismo falangista de la época contemplaba el corporativismo, el nacionalismo y una adhesión a la hispanidad.

¹ Sergio Guillisasti Tagle, *Partidos políticos chilenos*, Editorial Nascimento, Santiago, 1964, p. 199.

² Alejandro Silva Bascuñán, *Una experiencia social cristiana*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1949, p. 54.

³ Hernán Ramírez Necochea, *El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970*. Revista Araucaria N° 1, p.21.

⁴ George Grayson, *El partido demócrata cristiano chileno*, Ed. Francisco de Aguirre, Santiago, Buenos Aires, p.146, 147.

⁵ George Grayson, op. cit., p.123.

Teniendo a la vista el panorama descrito, -y considerando que la cuestión requiere estudios adicionales- es que en el presente artículo pretendemos insistir en ella. Bajo tales supuestos, el problema que nos planteamos es el de la identidad ideológica de la Falange Nacional entre el periodo que va desde su constitución y 1938, año en que ella se separara del Partido Conservador. Para dicho lapso, ¿cuáles eran los rasgos ideológicos esenciales de dicha entidad? Tal es la pregunta que, a lo largo del presente texto, pretendemos responder. La hipótesis que sobre el punto planteamos es la siguiente. La identidad ideológica de la Falange Nacional entre su fundación y 1938, no estaba constituida por su sola adhesión a un "catolicismo social", o a la doctrina social de la Iglesia según ésta fuera formulada por las Encíclicas de los Papas. Las concepciones de la Falange, a nuestro juicio, iban más allá y -sin dejar de adherir a las doctrinas papales- se ubicaban dentro del mundo conceptual de la derecha nacionalista y antiliberal de la época (en su variante católica), que desde Europa irradiaba hacia otros continentes, incluyendo Latinoamérica. Indicadores de tal identidad ideológica de la Falange sería su adhesión a un espiritualismo concebido como respuesta a la decadencia de occidente, la que se derivaría del materialismo liberal; su explícito antiliberalismo; su nacionalismo autoritario, con su respectivo corporativismo y anticomunismo; y su correlativo concepto de "Orden nuevo", el que debía ser la resultante de una "revolución nacional", que incluía la reivindicación de las clases subalternas conceptuadas como víctimas del orden liberal. En lo que sigue intentaremos argumentar esta hipótesis.

I. Marco epocal y conceptual

Como es sabido, durante los años treinta se fortalecieron en Europa las corrientes nacionalistas de extrema derecha. Sus manifestaciones, en todo caso, eran ya muy relevantes durante la década anterior. En efecto, en Italia el fascismo se hallaba en el poder desde 1922, aunque recién en 1929, -luego del caso Matteotti-, culminara su evolución hacia el totalitarismo. En Portugal en 1926 se instaló el *Estado Novo* de Oliveira Salazar. El mismo año el mariscal Pilsudski establecía un régimen autoritario en Polonia. En Alemania crecía el Partido Nacional Socialista de Hitler, y por todas partes se desarrollaban movimientos nacionalistas más o menos cercanos al fascismo, o francamente fascistas. Mientras que el Vaticano, mediante el Tratado de Letrán, en 1929 llegaba a un acuerdo con Mussolini y a comienzos de la década siguiente, en 1931, a través de la encíclica *Quadragesimo año*, insinuaba una adhesión al corporativismo. Rematando las tendencias señaladas, en enero de 1933 Adolfo Hitler asumía como canciller del Reich, modificando el conjunto de la situación internacional.

El ascenso de las corrientes nacionalistas de derecha que caracterizaran a la época no fue casualidad. Constituía una de las manifestaciones de la profunda crisis que en occidente afectara al Estado liberal parlamentario y también al capitalismo. Dicha crisis se arrastraba desde la Primera Guerra, teniendo su expresión fundamental -aparte del conflicto mismo- en el triunfo de la revolución rusa y en la subsecuente conformación de la Internacional Comunista, con su programa de "revolución mundial," que conmovió al conjunto de Europa, y se proyectó hacia otros continentes.

Las organizaciones fascistas y nacionalistas constituyeron, antes que nada, una radical respuesta a esa eventual revolución, que el Estado liberal parecía incapaz de

conjurar. Se entiende, entonces, que uno de los principales elementos que las caracterizara fuera precisamente su exacerbado anticomunismo.

Sin embargo, los movimientos nacionalistas, -y especialmente los fascistas-, a través de la eliminación del comunismo, no pretendían limitarse a restaurar el amenazado orden prevaleciente, que era el liberal. Muy por el contrario, aspiraban a formar un "orden nuevo", que debía ser una mezcla de elementos tradicionales pre liberales y elementos que se pretendían inéditos. Dicho orden debía emerger de una "revolución nacional", cuyo contenido estaba constituido por la superación histórica tanto del comunismo como del liberalismo, este último conceptualizado como la premisa del surgimiento de aquel.

Por cierto, a la fecha el antiliberalismo no era patrimonio exclusivo de la derecha nacionalista. En efecto, también, -entre otros- bajo sus modalidades específicas, en América Latina lo profesaban los populismos clásicos. Y, en un plano más general, era también propio de las concepciones marxistas. Estas, en todo caso, lo asumían desde una particular óptica, que se diferenciaba radicalmente del antiliberalismo nacionalista de derecha. Para las concepciones marxistas clásicas, particularmente leninistas, el liberalismo aparece vinculado al "parlamentarismo burgués y a la democracia burguesa", los que, a su juicio, constituirían una forma de la dictadura de la burguesía, frente a la cual, en la visión de Lenin, no cabía sino luchar por instaurar la dictadura del proletariado.⁶

La crítica que los movimientos nacionalistas de derecha hicieran al liberalismo seguía derroteros muy distintos. En efecto, más allá de la acusación sobre el efecto disgregador y corruptor que ejercería su sistema de partidos, -el que dividiría a la nación-, la crítica nacionalista al liberalismo se vinculaba a la cuestión de la decadencia. Esta, a su juicio, en último término sería la resultante de la pérdida de los valores espirituales de occidente, derivada de la imposición de los valores materialistas propios del individualismo liberal, traducidos en el sin contrapeso triunfo "de la razón y del dinero", tanto en la vida privada como en la pública. El reinado del dinero habría destruido todos los valores elevados propios de la civilización occidental, imponiéndole así al conjunto de la vida fines meramente materialistas. Desde esta óptica, el "Orden nuevo" que propugnaba el nacionalismo de derecha se presentaba como el restaurador de los valores espirituales propios de la cultura occidental, y como una respuesta al materialismo causante de la decadencia. Estas concepciones, en todo caso, se expresaban a través de una corriente laica -donde sobresalen los planteamientos de Oswald Spengler y del nazi-fascismo- y otra católica, como la que caracterizaba a Charles Maurrás, la Acción Francesa, al rexismo y a la Falange Española, entre otras. La corriente laica del nacionalismo de derecha tendía a darle al Estado un rol casi ilimitado, que la corriente católica no podía aceptar, aunque fuese porque dejaría a la iglesia en un rol subalterno que para ésta sería inadmisibles. La consideración sobre la dignidad de la persona humana y los derechos naturales a ella vinculados también jugaban, en el nacionalismo católico, un rol importante a los efectos de distanciarse de un estatismo absoluto, como los que eran propios del nazi fascismo.

Se podría decir que, en lo referente al plano nacional, la matriz conceptual del nacionalismo de derechas -tanto en su versión laica como católica- se caracterizaba por suponer la existencia de un pasado apogeo de la nación, a la que consideraba como el valor más alto, concibiéndola a su vez como una entidad indivisa articulada por un conjunto de

⁶ Véase, V.I. Lenin, *Tesis e informe sobre la democracia burguesa y la dictadura del proletariado*, en V.I. Lenin, *Acerca del movimiento obrero y comunista internacional*, Ed. lenguas extranjeras, Moscú, sf, p.260

concepciones y tradiciones comunes. Ese apogeo habría llegado a su término como producto de la emergencia del liberalismo y su visión materialista del mundo, dando paso a la decadencia nacional conducente a la disolución, vinculada a la pérdida de los valores en torno a los cuales la nación se constituyera. En respuesta a ello emergería el nacionalismo, cuya misión sería restaurar la perdida grandeza nacional desterrando al liberalismo y su vástago, el comunismo, e instaurando el "Orden nuevo."

En las visiones laicas, -tipo spenglerianas-, el apogeo de la nación tiende a ser ubicado durante el Antiguo régimen, mientras que en las católicas, -al menos en Europa- se miraba con nostalgia a la pre nacional cristiandad medieval.

¿Cuáles eran los componentes del Orden Nuevo propugnado por el nacionalismo (fuese en su versión católica o laica) bajo el cual debía superarse la decadencia y restaurarse la grandeza nacional? En primer lugar figura al respecto un Estado fuerte o autoritario de base corporativa, normalmente conceptualizado como "gobierno nacional," por sobre los intereses de clases y grupos, el cual sería el garante de la justicia social y del fortalecimiento de la nación. Este Estado, prescindiendo del sistema partitocrático propio del liberalismo, contemplaría una representación corporativa que, al impedir la lucha de clases, haría posible la armónica colaboración entre éstas, siempre bajo un espíritu nacional.

Dicho Estado, por otra parte, debía ser la coronación de una sociedad conformada por una serie de categorías o grupos sociales ordenados jerárquicamente ("sociedades menores"), concepto que rechazaba la visión atomista e individualista de la sociedad propia del liberalismo, y que suponía la subordinación de los individuos a la comunidad (nacional) finalmente encarnada en el Estado.

Sobre esa base, el Orden Nuevo restauraría los comunes valores espirituales que yacerían en la tradición histórica nacional y occidental, excluyendo las intrusiones liberales, marxistas y, a veces, judías. Igualmente, realizaría la justicia social, integrando a las clases subalternas al orden social y político, ello bajo el supuesto de que sus intereses -al igual como el de las otras clases- serían garantizados por el Estado fuerte, a través de una legislación social protectora y el rol de árbitro que el mismo pasaría a desempeñar.

Desde estos supuestos, el Orden Nuevo, pese a que se auto conceptualizaba como defensor de la tradición (nacional) y de sus valores espirituales, se definía como moderno y, a través del uso de la ciencia y la técnica, como potenciador de la nación.

Como es sabido, el Orden Nuevo encontró su materialización más plena en la Alemania nazi y en la Italia fascista, potencias que expresamente lo postularon para el conjunto de Europa, proyectando su influencia en movimientos, partidos y Estados a lo largo y ancho del planeta.

Tal cosa, sin embargo, no significa que todos los partidarios de un Orden Nuevo fuesen nazis o fascistas. En efecto, existían corrientes nacionalistas que no lo eran, aunque tuviesen algunos elementos en común con el fascismo. Dicho de otra forma, no todas las corrientes que profesaran la sumatoria de espiritualismo y rechazo al materialismo, corporativismo, antiliberalismo, anticomunismo, Estado fuerte, sociedad jerarquizada, concepción orgánica de la sociedad, etc., eran propiamente fascistas, aunque sí deberían ser incluidas dentro de una derecha nacionalista antiliberal, normalmente de tendencias refundacionales, que tenía en el fascismo su expresión más radical. Y todavía algo más:

dichas corrientes, más allá de sus elementos comunes, no eran iguales entre sí, evidenciando, en efecto, sus propias particularidades y énfasis nacionales.

En Chile las concepciones de este tipo tuvieron acogida ya durante los años veinte, y se vieron potenciadas significativamente durante la dictadura de Carlos Ibáñez (1927-1931).⁷ En el marco del desprestigio del liberalismo y su sistema de partidos, -al que se asociara con la corrupción-, las concepciones nacionalistas, fascistas o filofascistas fueron vistas en el país con admiración, desde ya en el campo católico, y también entre importantes segmentos de las FF.AA. y sectores medios.⁸ En relación al campo católico, Alejandro Silva Bascuñán, sostiene que a comienzos de los años treinta gran parte de la clase alta, sobre todo de su juventud, veía con simpatía al fascismo. “Por eso -dice- se explica que cuando fuera lanzado en Chile el movimiento nacional socialista por don Jorge González von Marées, encontrara eco inmediato de calurosa simpatía y conquistara en un principio para su causa la adhesión de personalidades de valer en el campo católico.”⁹

*

A partir del contexto descrito es que intentaremos argumentar nuestra hipótesis, la que, como viéramos, ubica el ideologismo de la Falange Nacional dentro del campo del nacionalismo de derecha de la época (en su versión católica), nacionalismo cuyos rasgos esenciales hemos perfilado arriba.

A los efectos de esa argumentación, luego de dar algunos antecedentes sobre los orígenes de la Falange, y sobre las influencias ideológicas que ésta recibiera, procederemos a rastrear en los discursos de sus líderes y en los textos de la Revista *Lircay*, la presencia de las descritas concepciones de la derecha nacionalista antiliberal de la época (en su versión católica). Es decir, intentaremos visualizar en qué medida las tesis espiritualistas (sobre la decadencia y de la crisis contemporánea), antiliberales, autoritarias, nacionalistas, corporativistas y, anticomunistas, con sus respectivas referencias a la "revolución nacional" y al "Orden Nuevo", propias de esa derecha, se hallan presentes en los discursos de la Falange.

Consideraremos fundada nuestra hipótesis si en los textos de la entidad las mencionadas tesis, en su versión católica, se hallaran presentes estructurando su corpus de pensamiento.

II. Algunos antecedentes sobre el origen de la Falange Nacional

Como es sabido, los antecedentes de la Falange Nacional se remontan a la decisión que, luego de la caída de Ibáñez, tomara uno de los líderes más importantes del Partido Conservador, -Rafael Luis Gumucio-, en orden a revitalizar a la colectividad integrando

⁷ Sobre el tema, véase, Luis Corvalán Marquez, *Nacionalismo y autoritarismo durante el siglo XX en Chile, los orígenes, 1903-1931*, Ediciones de la Universidad Católica Raúl Silva Henríquez, Santiago, 2009.

⁸ En relación a las influencias del nazi fascismo en las FF.AA. chilenas durante los años treinta, véase, Carlos Maldonado, *Entre la reacción civilista y el constitucionalismo formal: las FF.AA. chilenas en el periodo 1931-1938*. Documentos de trabajo N° 55, FLACCO, 1988; Víctor Farías, *Los nazis en Chile*, Ed. Seix Barral, Barcelona, 2000; Luis Corvalán Marquez, *Nacionalismo y autoritarismo durante el siglo XX en Chile*, Ediciones de la Universidad Raúl Silva Henríquez, Santiago, 2009.

⁹ Alejandro Silva Bascuñán, *Una experiencia social cristiana*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1949, p.36.

jóvenes a su seno. Gumucio pensaba en integrar a la rama juvenil del partido a miembros de la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), y de la Juventud Católica.

Gran parte de los jóvenes partícipes de estas entidades, -en su mayoría de origen mesocrático- en medida importante, habían venido siendo formados por sacerdotes preocupados por la Doctrina Social de la Iglesia, como los jesuitas, Fernando Vives Solar, Jorge Fernández Pradel y, más tarde, Oscar Larson. Fueron estos quienes inculcaron a esa juventud la preocupación por los problemas sociales.

Poco a poco, Gumucio, valiéndose de la ayuda de su hijo, Rafael Agustín, fue logrando atraer a muchos de los miembros de las mencionadas entidades juveniles católicas, incorporándolos al proyecto revitalizador de su partido. Entre ellos figuraban Bernardo Leighton, Eduardo Frei Montalva, Ignacio Palma, Manuel Garretón Walker, Ricardo Boizard, Radomiro Tomic, Manuel Francisco Sánchez y otros. Algunos de ellos habían luchado activamente en contra de la dictadura de Ibáñez, especialmente en su fase final, contribuyendo a su caída.

Luego que Gumucio consiguiera su objetivo, con la participación de los jóvenes mencionados, y otros, en 1933 fue creado el Centro de Estudiantes Conservadores, cuyo órgano oficial fue el periódico Lircay.

Ese mismo año de 1933, Eduardo Frei, entonces presidente de la ANEC, y Manuel Garretón, presidente de la Juventud Católica, junto a Oscar Larson, emprendieron un viaje a Europa. En el viejo continente, luego de participar en el Congreso Internacional de Estudiantes Universitarios realizado en Roma, visitaron España, Francia y Bélgica,” entrevistándose con diversos personeros del pensamiento católico. En París asistieron a las clases que Jacques Maritain impartiera en el Instituto Católico, mientras que en España se identificaron con las fuerzas conservadoras, entrevistándose con Gil Robles, el líder de la Confederación Española de Derechas Autónomas (CEDA). Según Isabel Jara y Alejandro Silva Bascuñán, en este país, Frei y Garretón también se habrían encontrado con el líder de la Falange Española, José Antonio Primo de Rivera, cuya figura los habría impresionado, dato que otros autores, como Felipe Portales, refutan. Adicionalmente los jóvenes chilenos se sintieron fuertemente interpelados por el texto de Ramiro de Maeztu, *Defensa de la hispanidad*, un clásico del nacionalismo español, “que a su regreso a Chile recomendaron como lectura obligada a sus camaradas.”¹⁰

Jorge Vergara sostiene que ese viaje tuvo “una honda influencia en la posterior Falange Nacional, no sólo a nivel de su organización sino también de su ideología.”¹¹ Grayson, por su parte, afirma que al regresar del mencionado viaje, en 1934, Garretón (habló) de Mussolini como de “un gigante” y del fascismo como “el más interesante sistema para estudiar, el mayor intento de remediar los males del régimen democrático liberal.”¹²

¹⁰ Isabel Jara Hinojosa, *De Franco a Pinochet*, Programa de magister en teoría de la historia del arte. Departamento de teoría de las artes. Facultad de Artes de la Universidad de Chile, Santiago, 2002, p.56.

¹¹ Jorge Vergara, *Operación y movilización. Formas de acción colectiva pre elíticas en la Falange Nacional (1935-1957)*. Revista de la Universidad Bolivariana, Volumen 11, N° 32, 2012, p.212.

¹¹ George Grayson, *El partido demócrata cristiano chileno*, Ed. Francisco de Aguirre, Santiago, Buenos Aires, p.146, 147

¹² George Grayson, op. cit., p.145, 146.

Los años siguientes fueron de considerable crecimiento para el Centro de Estudiantes Conservadores. En octubre de 1935, luego de una exitosa campaña de reclutamiento, proselitismo y organización que llevara a cabo a lo largo de todo el país, el Centro -que había pasado a ser conocido como Juventud Conservadora-, organizó una masiva convención en la que se constituyó como Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora. La entidad definió, entonces, unos estatutos que fueron luego aprobados por el Partido. Al año siguiente el movimiento tomó el nombre de Falange Nacional, cuyo primer presidente fue Ignacio Palma. La entidad pronto devendría en una fuerza política semi autónoma con representación parlamentaria e incluso, con un miembro suyo en el ministerio de Arturo Alessandri.

2.1. Las influencias ideológicas antiliberales

En el marco descrito, los líderes de la Falange -que según Silva Bascuñán, constituían "un equipo con manifiesta unidad ideológica-"¹³ se mostraron muy sensibles a los avatares del pensamiento católico del viejo continente, cuyas temáticas no dudaban en incorporar a su imaginario. El mismo Silva Bascuñán recuerda que "la influencia de todo lo francés era en Chile notable antes de 1939, y lo era en especial en el pensamiento católico. Los dirigentes juveniles (de la Falange), -agrega Silva Bascuñán- y principalmente Manuel Garretón, -que era un admirador apasionado hasta la exageración-, vivían con los ojos puestos en el acontecer europeo, y buscaban allí las lecciones que trataban de seguir en sus propios pasos dentro de la política nacional."¹⁴ Silva Bascuñán agrega que, aparte de la influencia francesa, la Falange quedó sujeta a la de "la resurrección hispanista" que en España creciera en oposición a la República.¹⁵ En relación al mismo punto, conviene retener los planteamientos de Vergara, arriba citados, sobre la gran influencia que el viaje europeo de Garretón y Frei ejercieran en el imaginario de los líderes falangistas. En cuanto al periodo en que Garretón estuvo a la cabeza de la Falange- Vergara añade que ésta "recibió fuerte influencia del movimiento belga conocido como rexismo, el cual, -dice- aunque católico resultaba bastante contaminado de nazismo".¹⁶ Téngase en cuenta que el rexismo era un movimiento homólogo al falangismo español, al fascismo italiano y a la Guardia de Hierro rumana. Había sido fundado en 1930 por León Degrelle, recibiendo el influjo de Charles Maurras y el nazismo. En el plano ideológico perseguía una regeneración moral basada en los principios de la Iglesia Católica. En lo político postulaba la instauración de un régimen fuerte, un sistema corporativo y la abolición de la democracia liberal. Estos planteamientos se verán rigurosamente repetidos en los discursos de la futura Falange.

Como puede verse, las influencias ideológicas que los mencionados autores hacen ver, no se refieren a la doctrina social de la Iglesia (DSI). Esas influencias -según los mismos- eran las de la derecha antiliberal europea, fundamentalmente de sus corrientes nacionalistas católicas.

¹³ Alejandro Silva Bascuñán, op. cit., p.52. El subrayado es nuestro.

¹⁴ Alejandro Silva Bascuñán, Una experiencia social cristiana, Ed. Pacífico, Santiago, 1948, p.66.

¹⁵ Alejandro Silva Bascuñán, op. cit., p.54.

¹⁶ Jorge Vergara, op. cit, p.216.

Todo indica que tales influencias quedaron incluso reflejadas en la Declaración de Principios que la Falange aprobó en octubre de 1935, cuando todavía se denominaba Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora. Esa declaración proclamó la necesidad de desarrollar “una conciencia nacional basada en la tradición”; instaurar un “Estado nacional jerárquicamente organizado, por encima de grupos, partidos y clases”; establecer la “organización corporativa de la sociedad” y una “organización jerárquica” y disciplinada de la juventud”; defender la “libertad dentro del orden”; “ni democracia liberal ni dictadura fascista o socialista; imponer los principios de “abnegación y sacrificio al servicio de Chile y de Dios,” en el marco de un espíritu cristiano y nacional, etc. Agréguese a ello que el Movimiento estableció como su lema “Revolución en orden”.

La terminología propia de la derecha nacionalista que por entonces asumió la Falange quedó, además, entre otros, claramente expresada en un artículo de la revista *Lircay* correspondiente al 1 de enero de 1937, en el cual parece evidenciarse una precisa identidad política e ideológica. En dicho artículo se decía lo siguiente: “la Falange Nacional, nueva forma de nuestro movimiento...representa...el espíritu heroico que anima a nuestra juventud y concreta forma guerrera jerárquica, disciplinada con que haremos realidad la única revolución nacional, auténticamente chilena, para dar al país un Orden Nuevo...: la implantación de los ideales cristianos en la vida y en el Estado chileno.”¹⁷

La adhesión de los jóvenes conservadores, -y luego falangistas- a estas ideas hay que verla en el marco del descrédito general de los partidos políticos que era propio de la época, y del rechazo que a esos mismos jóvenes les suscitaban ciertas prácticas del Partido Conservador, que era el partido en el que se suponía debía confluir la juventud católica. No es extraño, entonces, que la generación juvenil que, a instancias de Gumucio, se integró a dicha colectividad, lo hiciera aspirando a reformarla desde dentro, rechazando, por tanto, muchas de sus características. En este sentido, Alejandro Silva Bascuñán sostiene que esos jóvenes “despreciaban la máquina electoral conservadora, basada en la aceptación filosófica de la venalidad.”¹⁸ A lo que se sumaba su rechazo a la expresa adhesión del Partido Conservador al liberalismo económico, condenado por la Iglesia. En el marco de ese rechazo, las concepciones nacionalistas terminaron interpelando a dicha juventud, con su “antimarxismo; (su) énfasis en la unidad nacional; la apelación al espiritualismo y al heroísmo juvenil; el desprecio por el materialismo marxista y burgués; las críticas al capitalismo y a la democracia liberal; y su postulación del corporativismo.”¹⁹

III. Los textos y discursos de la Falange Nacional

Un análisis de los textos de la Falange muestra la presencia, -en su versión católica- de los tópicos y tesis fundamentales de la derecha antiliberal de la época, articulados en torno a definiciones espiritualistas, antiliberales, nacionalistas, autoritarias, corporativistas, anticomunistas, con sus respectivas referencias a la “revolución nacional” y al “Orden Nuevo”, que debía traducirse en la superación histórica tanto del liberalismo como del comunismo. En lo que sigue nos avocaremos al examen de algunos de esos textos.

¹⁷ Revista *Lircay*, 30 de enero de 1937, citada por Felipe Portales, *Los mitos de la democracia chilena*, tomo II, Ed. Catalonia, Santiago, 2010, p.448.

¹⁸ Alejandro Silva Bascuñán, op. cit., p. 18.

¹⁹ Felipe Portales, op.cit. p. 456.

3.1 Espiritualismo y diagnóstico de la crisis mundial. Política y Espíritu

Como ya lo hemos señalado, los postulados de la derecha nacionalista antiliberal de la época partían de la crítica al materialismo que las concepciones liberales habrían impuesto a occidente, generando con ello la crisis que éste estaría experimentando. Según tal enfoque, el materialismo, -esto es, la orientación de la vida en torno a la exclusiva consecución y disfrute de bienes materiales- sería la raíz de todos los males contemporáneos en tanto negaría los fundamentos espirituales y valóricos de la cultura occidental. Muchos fascismos de la época -reivindicando los valores heroicos y el espíritu de sacrificio- defendieron esta tesis en su versión spengleriana. La Falange Nacional chilena lo hizo en su versión católica, postulando que todos los problemas contemporáneos tenían su base última en el abandono de los valores religiosos por la cultura, de donde se concluía en que la crisis contemporánea era, ante todo, una crisis espiritual, cuya solución última, en consecuencia, pasaba por este plano.

A partir de las premisas señaladas, para las concepciones falangistas las luchas políticas de la época no serían más que epifenómenos de ese enfrentamiento de fondo que conmovería a la civilización: el enfrentamiento entre el espiritualismo y el materialismo. La Falange, -al igual que el conjunto del nacionalismo de derecha- se proclamaba como la adalid del primero, -del espiritualismo- insistiendo en que la crisis contemporánea tendría, en general, un trasfondo espiritual. Así, desde ya, entre otros, lo postuló Eduardo Frei Montalva. En su artículo *La política y el espíritu*, Frei al respecto sostuvo que “en el fondo mismo de (la) gran contienda a que hoy nos toca asistir no hay más que dos fuerzas en juego: el espiritualismo y el materialismo.”²⁰

Frei, en todo caso, se apresuró en precisar que, a su juicio, el verdadero espiritualismo era el católico, y que todo otro distinto estaría propenso a deslizarse hacia el materialismo. “Mientras no tengamos el valor de aceptar (que) el único y auténtico espiritualismo es (el) católico, -decía, en efecto- caeremos en el materialismo, que en cualquiera de sus formas es siempre auténtico.”²¹ De donde concluía en que “para poder reconquistar el equilibrio” era “necesario volver al orden y a un orden espiritual católico...”²² En el mismo artículo, Frei ahondaba en el punto postulando que “el fondo del problema contemporáneo (era) moral y religioso.”²³ Por lo mismo -agregaba- “lo único que puede estabilizar al hombre es Dios inmutable. De aquí -concluía- (en) que la solución (a los problemas contemporáneos no podía ser sino) el teocentrismo.”²⁴ En ese mismo texto Frei insistió en dicha idea, señalando que el problema humano no lo resolvería “ni la policía ni el estómago” puesto que su esencia se hallaría “en el espíritu, y por eso -añadió- lo único que apasiona verdaderamente es un ideal totalitario que resuelva el problema y no los problemitas.”²⁵ Ese ideal totalitario, por cierto, sería el católico y en torno a él había que reestructurar a las naciones y al Estado dejando atrás al liberalismo materialista.

²⁰ Eduardo Frei Montalva, *La política y el espíritu*, p. 135

²¹ Eduardo Frei Montalva, op cit., p. 135.

²² Eduardo Frei Montalva, op cit., p. 136.

²³ Eduardo Frei Montalva, *Ideas sobre la reconstrucción del hombre*. Ediciones Lircay, Santiago, 1937, p. 13.

²⁴ Eduardo Frei Montalva, op. cit., p. 11.

²⁵ Eduardo Frei Montalva, op. cit., p. 10.

En esa misma línea, Manuel Garretón, en un texto que titula, *Nuestro concepto de la política*, hizo un diagnóstico de la época donde sostuvo que “la crisis que sufr(ía) la humanidad (y el país, era) fundamentalmente una crisis de orden espiritual, una crisis moral, que (tenía) por causa haberse apartado las inteligencias de la verdad y haberse abandonado los principios morales sobre los cuales debe cimentarse toda la vida individual y colectiva,”²⁶ principios que serían los cristiano católicos.

Estos mismos supuestos le servirán a la Falange de los años treinta para explicar la crisis chilena. Esta crisis, al igual como sucedía en todo el occidente, sería la resultante de la pérdida de los valores católicos.

A partir de tales premisas, para la Falange resultaba que la política se hallaba fuertemente ligada a la religión, hecho que sus líderes no tenían problema en explicitar. Así, en un texto que apareciera en *El Diario Ilustrado*, con fecha 17 de junio de 1934 con el título de “La política y el Espíritu”, Eduardo Frei Montalva, recién llegado de su gira europea, decía: “debemos reconstituir el todo católico y cooperar con nuestras fuerzas para que él se incorpore también el orden político.”²⁷ Y agregaba: “lo político es de orden intrínsecamente moral, lo espiritual y lo temporal están íntimamente vinculados. Acabaron las separaciones de la época precedente. Lo religioso y lo político deben, manteniéndose distintos, estar virtualmente unidos.” Y concluía en que: “...es el fuego mismo de la religión y del espíritu (el) que debe irradiar en nuestra actividad política.”²⁸

3.2. Anti liberalismo

Fue bajo los supuestos señalados que los líderes de la Falange denunciaron al liberalismo, al que acusaron de haber sacado al hombre de su orientación religiosa y, por tanto, espiritual. Ello imponiendo valores materialistas, individualistas y egoístas, de lo que habría resultado la disolución del tejido social comunitario que antes protegiera a los individuos y que los compelería a actuar solidariamente guiados por una fe común, que era el cristianismo. A juicio de la Falange, el liberalismo y el capitalismo individualista habrían arrasado con todo ello, siendo su resultado la lucha de clases, la anarquía contemporánea y la pérdida de los valores religiosos. Ello tanto en Chile como en el mundo. En este marco, el comunismo y el fascismo serían meros intentos equivocados de reconstruir al hombre descentrado por el liberalismo, caracterizándose ambos, -al igual que el liberalismo-, por situarse en el terreno materialista, donde residiría la fuente de todos sus errores.

Basado en estas consideraciones, el rechazo al liberalismo que profesaba la Falange, -rechazo que fuera común al pensamiento católico de la época-, era muy profundo. “Pocas veces creo que se ha producido, en la historia humana, -sostuvo Eduardo Frei en referencia al liberalismo- un repudio tan unánime de una doctrina, no sólo por sus consecuencias sino en su esencia misma. Sobre todo en el campo católico -agregó- este rechazo llega en algunos hasta una especie de exasperación.”²⁹

²⁶ Manuel Garretón Walker, *Nuestro concepto de la política*, Ediciones Lircay, Santiago, 1937, p.4.

²⁷ Eduardo Frei Montalva, *La política y el espíritu*, recopilado por Cristian Gazmuri en Eduardo Frei Montalva, Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1996, p.136.

²⁸ Eduardo Frei Montalva, op cit., p.137.

²⁹ Eduardo Frei Montalva, op cit., p. 125.

La negativa actitud frente al liberalismo que caracterizara a la Falange incluía un repudio al concepto que el mismo profesara sobre la democracia: esto es, la democracia partido-crática y parlamentaria. Para la Falange, -como para las tendencias nacionalistas en general-, esa democracia era un fraude, y se hallaba intrínsecamente ligada a la corrupción. “No creo en la democracia, liberal, degenerada y corrompida, decía Eduardo Frei Montalva. No creo que haya alguien que pueda pensar que la palabra Democracia se confunda con parlamentarismo, o con política partidista.”³⁰

La democracia liberal, según la Falange, adolecía de una falla de base, que también decían denunciar las otras corrientes nacionalistas de extrema derecha. A saber, poseería un carácter “inorgánico”. Es decir, su premisa sería una sociedad atomista -de individuos sueltos y egoístas-, que como tales, en su inorganicidad y aislamiento, generarían una supuesta representación en el Estado, frente al cual, de hecho, los individuos aislados quedarían inermes.

A la democracia liberal que rechazaba, la Falange opondrá un Estado autoritario, cristiano y de base corporativa, -es decir, orgánica-, enmarcado en una concepción nacionalista.

3.3. Nacionalismo (cultural)

Se puede estar de acuerdo con Grayson cuando sostiene que la Falange Nacional, en oposición al liberalismo, tenía una definición ideológica nacionalista. A nuestro juicio, en todo caso, se trataba de aquel nacionalismo generado en Europa en el siglo XIX, y que alcanzara su apogeo durante el siglo siguiente.

Como hemos señalado en otra parte,³¹ ese nacionalismo se caracterizaba por concebir a la nación como una comunidad homogénea e indivisa, -constituida a través de un largo periodo histórico-, conformada en torno a un conjunto de ideas, valores y tradiciones comunes (nacionalismo cultural), cuya pérdida conllevaría la decadencia, crisis y disolución nacional. En otra vertiente, el nacionalismo conceptúa a la nación como una comunidad racial, a la que le sería inherente una cultura y una visión propia del mundo, comunidad que estaría amenazada por el mestizaje (nacionalismo étnico).

Como lo dijéramos al comienzo, los nacionalismos, en sus distintas variantes, suponen que la nación tuvo un pasado de apogeo y grandeza, el que habría sido seguido por una decadencia, que incluiría el peligro de disolución. Tal decadencia sería la resultante del triunfo del liberalismo, el que destruiría la unidad y cohesión nacional mediante el individualismo y el egoísmo que le sería inherente; y también mediante su vástago, el marxismo, el cual, mediante la lucha de clases, cumpliría análogo rol. Bajo estos supuestos, el nacionalismo -que en cada país adopta sus propias particularidades y se apropia de un modo específico de la historia nacional-, dice estar empeñado en devolver su antigua grandeza al ser nacional ahora en decadencia, lo que operaría mediante la superación de la democracia liberal y la lucha de clases, para lo cual se requeriría de la justicia social y de la instauración de regímenes autoritarios, normalmente de base corporativa; a lo que se agrega

³⁰ Eduardo Frei Montalva, op cit., p. 133.

³¹ Véase, Luis Corvalán Marquez, *Nacionalismo y autoritarismo durante el siglo XX en Chile*. Los orígenes, 1903-1931, Ediciones de la Universidad Raúl Silva Henríquez, Santiago, 2009

la primacía de los valores comunitarios y la homogeneización cultural de la nación en torno a valores espirituales.

Se puede decir que la Falange adoptó la matriz conceptual de este nacionalismo, pero en su versión cultural, profesándolo en su modalidad católica. Esto significa que, para ella la nación chilena era una comunidad conformada en torno a la visión católica del mundo, cuyo cuestionamiento a través de la pluralidad valórica y filosófica equivaldría a la disolución nacional, o al menos a la crisis de la nación.

El texto del presidente de la Falange Nacional, Ignacio Palma, titulado *Elementos chilenos para un Orden Nuevo*, es ilustrativo de la lógica del referido nacionalismo cultural católico. En efecto, en ese texto Palma afirma que la formación de la República (en la primera mitad del siglo XIX) fue posible en Chile por el “arraigado sentimiento nacional” que le subyació, el cual se basaba “en una sólida unidad espiritual”, que constituía “el fundamento de la unidad nacional.” Dicha unidad espiritual, agrega, se verificó en torno al “cristianismo católico”, que “era la síntesis necesaria que ordenaba, por su sola presencia, la mentalidad de los directores de la república”.³² Palma más adelante añade que esa unidad católica le habría dado a la nación un “sentido” tanto en lo interno como en lo externo.

Cuando esa unidad espiritual fue cuestionada (mediante la irrupción del liberalismo y el positivismo), agrega Palma, habría advenido la crisis nacional. La nación –sostiene, en efecto-, fue entonces “destruida...por el olvido de la síntesis que mantenía su unidad, por la pérdida del sentimiento totalitario que le imprimiera el cristianismo.”³³ Como producto de ello habría surgido entre sus habitantes un materialismo individualista y egoísta que sería ajeno al “concepto de patria, idea esencialmente espiritual que, antes de permitir exigencias, exige abnegación y generosidad.”³⁴ Entonces ya no habría sido posible proyecto nacional alguno ni idea de comunidad. Era la hora de la decadencia y de la crisis nacional.

Como se ve, la crisis nacional, en los planteamientos de Palma, habría sido la resultante de la pérdida de la unidad espiritual que, verificada en torno al “cristianismo católico”, caracterizara al país durante gran parte del siglo XIX. La crisis nacional, concebida en los términos expuestos, se habría incubado a fines de dicho siglo y se proyectaría agravada durante los primeros decenios del siguiente. Así, Palma puede sostener que “el tercer decenio del siglo (XX), nos presenta un país, destruido casi su genio nacional, (que) marcha a la deriva, viviendo vegetativamente su actualidad económica social, o a lo mas, siguiendo las aguas de otras potencias continentales.”³⁵

El mencionado concepto de nación, al que adhería Palma, era común al conjunto de la Falange.³⁶ Igualmente lo era el ya referido supuesto según el cual el abandono de los valores cristiano-católicos habría dado lugar a la crisis nacional, traducéndose en el predominio del materialismo, una de cuyas principales expresiones –agreguemos- sería el

³² Ignacio Palma Vicuña, *Elementos chilenos para un orden nuevo*, Ediciones Lircay, Santiago, 1937, p.5.

³³ Ignacio Palma Vicuña, op. cit., p. 6.

³⁴ Ignacio Palma Vicuña, op. cit., p. 6.

³⁵ Ignacio Palma Vicuña, op. cit., p. 7.

³⁶ Alejandro Silva Bascuñán, en su libro *Una experiencia social cristiana*, subraya que identidad de pensamiento que existía entre los miembros de la Falange. Se refiere a ellos como “un equipo con formas de relación humana diferentes a las que se habían practicado, y con manifiesta unidad ideológica”. Alejandro Silva Bascuñán, *Una experiencia social cristiana*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1949, p.p.52. E subrayado es nuestro.

relativismo moral. Estos planteamientos, ciertamente, son expresivos de un claro nacionalismo cultural, y materializan la matriz conceptual nacionalista, con sus componentes de apogeo y decadencia.

Las soluciones que se derivaban del mencionado diagnóstico eran obvias. A saber, que sería imprescindible reconstituir la unidad espiritual del país, –siempre en torno a los valores cristianos–, sin lo cual no sería posible restaurar la unidad nacional y superar la crisis contemporánea. A juicio de Palma, para avanzar en esa dirección era necesario excluir a otros componentes ideológicos que se habían venido arraigando en el cuerpo de la nación. En tal sentido señalaba: “no se contribuye a la grandeza de la república... mediante la exaltación de todo lo nacional por el mero hecho de serlo, sin discernimiento de valores...; la unidad espiritual de la nación no puede constituirse mediante la fusión ficticia y la equiparación romántica de la verdad y el error, lo bueno y lo malo que hubo en nuestro pasado y que hay en nuestro presente.”³⁷ Muy por el contrario, la unidad espiritual del país a reconstituir debía ser llevada a cabo exclusivamente en torno al cristianismo católico, el cual, por otra parte, representaría el elemento identitario de nuestra cultura y civilización.

Manuel Garretón, por su parte, con una terminología más cercana al culto al héroe, propio del fascismo, insistía en dicha idea cuando sostuviera que lo que a la fecha estaba planteado al país era “reemplazar el sentido mediocre y burgués de la vida (vinculado al liberalismo) por un sentido cristiano, capaz de todos los heroísmos y de todos los sacrificios.”³⁸

Así, pues, en síntesis, estamos en presencia de la lógica del nacionalismo cultural (en su versión cristiano católica). Como se ve, este nacionalismo se articula a plenitud con la premisa mayor del pensamiento falangista, señalada arriba, que postulaba que la esencia de los problemas contemporáneos era de orden espiritual. Por eso las soluciones que, a su juicio, se requería implementar a los efectos de llevar a cabo el renacimiento nacional pasaban por la restauración de la visión católica del mundo y, en consecuencia, por el desplazamiento de las concepciones materialistas destructoras de la nación, objetivo que, según hemos visto, el nacionalismo cultural de la Falange se planteaba explícitamente.

3.4. Estado autoritario

El nacionalismo cultural de la Falange, con su correspondiente corolario sobre la restauración nacional por la vía de la recuperación de la unidad espiritual católica de la nación, tenía su otra faceta en la postulación de un Estado fuerte, incluso aristocrático, y cristiano, que representaría el remate de la restauración de la unidad católica del país. Su implantación práctica, por cierto, suponía dejar atrás a la democracia liberal con su partidocracia y su correlativa concepción materialista del mundo.

Manuel Garretón, en 1937, sobre el punto sostenía: “luchamos por un Estado que, superando las concepciones de la democracia liberal, a base de sufragio universal inorgánico –esa farsa de democracia que vivimos– sin caer en el arbitrio tiránico de los regímenes fascistas, sea un Estado autoritario y jerárquicamente organizado...”³⁹ Y en un

³⁷ Ignacio Palma Vicuña, op. cit., p. 8.

³⁸ Manuel Garretón Walker, op.cit., p.15.

³⁹ Manuel Garretón, citado por Felipe Portales, op. cit., p.447.

artículo de octubre de 1936, en la revista *Lircay*, en la misma línea se decía: “nosotros reharemos la República, (e) impondremos nuevamente el Estado autoritario y la jerarquía aristocrática,” (aunque considerando los derechos de las clases subalternas, agregaba).

Esta referencia al carácter aristocrático que tendría el Estado fuerte a restaurar refleja la influencia que tuviera Alberto Edwards en ciertos líderes de la Falange, particularmente en Eduardo Frei, quien frecuentemente lo citaba. Como se sabe, para Edwards la república habría sido el fruto de la acción de una aristocracia. Ella, bajo la dirección del genio de Portales y de sus herederos políticos (Bulnes, Montt, Varas) habría conducido al país a su apogeo, cuestión que el triunfo del liberalismo habría revertido generando la decadencia, sobre todo al dar lugar al régimen parlamentario.

Uno de los indicadores –más bien simbólico- de la adhesión de la Falange a tal esquema interpretativo de la historia de Chile reside en el nombre de “Lircay” que recibiera la revista del Movimiento Nacional de la Juventud Conservadora, después Falange Nacional. Como es sabido, Lircay es el nombre de la batalla que marcó el triunfo de los sectores conservadores en la guerra civil de 1829-1830, desenlace que permitió la instauración del régimen autoritario liderado por Diego Portales, el que se proyectaría en lo que Edwards denominara como “el Estado en forma”, el cual, según este autor, marcaría, durante el siglo XIX, el apogeo nacional.

3.5 Corporativismo y orden social jerárquico

El referido Estado autoritario y cristiano a implantar debía tener, según las formulaciones de la Falange, una base corporativa. Como lo señaláramos arriba, en el punto octavo de su Declaración de Principios, la entidad expresamente declaró su voluntad de avanzar hacia la “organización corporativa de la sociedad.”

Este objetivo se sustentaba en una concepción social opuesta al atomismo liberal, la cual parece vincularse al neo tradicionalismo español, particularmente a Vásquez de Mella. Como sabemos, éste concebía a la sociedad como un conjunto de sociedades menores autónomas, -con sus correspondientes soberanías (o soberanías sociales)-, sobre las cuales se levantaría el Estado, el que detentaría la soberanía política.

Manuel Garretón, entre otros falangistas, expresamente asume esta concepción cuando dice: “la sociedad, de acuerdo con nuestro concepto orgánico, no es un agregado de individuos aislados, sino un conjunto armónico de grupos,”⁴⁰ familia, comunas, asociaciones profesionales y culturales, etc.

En las formulaciones de Garretón esa concepción se traduce en una propuesta que reserva al Estado las funciones de conducción política dirigida a la realización del bien común (soberanía política), descargando en las sociedades menores, corporativamente organizadas, todo lo atinente a los problemas específicos de las mismas, materializando así las soberanías sociales, al estilo de Vásquez de Mella, como se ve.

Lo dicho, en las formulaciones de Garretón, debía institucionalmente traducirse en la existencia de “un parlamento político que legisle en las materias de orden general...y que fiscalice la acción del Ejecutivo,” unido a “consejos o cámaras corporativas, expresión de una sociedad organizada en forma descentralizada y corporativamente, que legalmente

⁴⁰ Manuel Garretón Walker, op. cit., p.11.

estén autorizadas para orientar y dirigir la marcha de la colectividad en aquellas materias que, por su naturaleza, le corresponden.”⁴¹ Eduardo Frei, por su parte, -distinguiendo entre el corporativismo fascista y del de los católicos sociales-, sostenía que “el cuadro más o menos del futuro sería (el de) un ejecutivo fuerte controlado por un Parlamento Político y que entrega la actividad económica a un Parlamento corporativo, o Consejo de corporaciones.”⁴²

La concepción “orgánica” de la sociedad que está en la base de esta propuesta política, en su oposición a al concepto atomista que es propio del liberalismo, permite, por otra parte, comprender mejor el concepto de “orden social jerárquico”, propugnado por la Falange. Este orden precisamente consiste en un ordenamiento de las “sociedades menores”, o “cuerpos intermedios”, desde los más elementales, como la familia, hasta los más elevados, como el Consejo de Corporaciones, pasando por los numerosos cuerpos intermedios, como los municipios, las asociaciones profesionales, gremios laborales y empresariales, etc. De acuerdo a esta visión, los individuos naturalmente pertenecen a uno o más cuerpos intermedios, a los cuales se deben, los que, a su vez, poseyendo derechos y autonomía respecto del Estado, les brindarían su protección, más aún, cuando dispondrían de independencia económica.

Como se señaló arriba, esa pirámide de “cuerpos intermedios”, sería coronada por la “sociedad política” o Estado, (que en las formulaciones de la Falange, por las razones antes dichas, debía ser católico), Estado que debía gobernar de acuerdo al bien común, manteniendo, en todo caso, su separación e independencia respecto de los cuerpos intermedios.

Esto último, en fin, nos lleva a constatar la diferencia existente entre el corporativismo propio del fascismo italiano, y el corporativismo de la Falange Nacional. Este obviamente, no era el de aquel: se distinguía en que -según se ve- no concebía a las corporaciones como parte del Estado, sino como entidades autónomas con soberanía propia, -aunque sólo en su esfera de actividad-, diferencia que, en general, caracterizaba al nacionalismo católico. No en vano la Falange precisamente criticaba al fascismo su estatismo absoluto.

3.6 Crítica al sistema de partidos

La postulación, por la Falange, de un Estado fuerte y cristiano, pero de base corporativa, venía, a su vez, de la mano de una crítica a los partidos políticos, más o menos en los términos del tradicionalismo y del nacionalismo. Al respecto es ilustrativo el planteamiento de Garretón. Este, sobre el punto, sostuvo: “son hoy los partidos políticos un factor de desintegración nacional. Formados originalmente por las divergencias filosóficas que se traducen en divergencias políticas; resulta que en muchos casos se forma a su alrededor un sinnúmero de intereses creados que son un obstáculo para el interés general”.⁴³ Eduardo Frei, por su parte, según viéramos arriba, decía no creer que “la palabra Democracia se confunda con parlamentarismo, o con política partidista.”⁴⁴

⁴¹ Manuel Garretón Walker, op. cit., p.13.

⁴² Eduardo Frei Montalva, op.cit., p.131.

⁴³ Manuel Garretón Walker, op. cit., p.13.

⁴⁴ Eduardo Frei Montalva, op cit., p. 133.

Sin perjuicio de los señalados planteamientos, en las formulaciones de Garretón, no se trataba de eliminar a los partidos, sino más bien de disminuir sustancialmente su influencia. “En la estructura del Estado futuro –sostuvo, en efecto-, la influencia de los partidos va a ser muy inferior a la que tienen hoy. Esto, junto con presentar innumerables ventajas, -agrega- va a destruir muchos de los inconvenientes que los partidos significan actualmente.”⁴⁵

De este modo, en fin, para los líderes de la Falange, el sistema de partidos aparece cargado de negatividad, siendo vinculado a la "desintegración nacional" y a intereses subalternos. Esto es, a "intereses creados que son un obstáculo para el interés general," lo que es sinónimo de corrupción. Como es sabido, los señalados son, precisamente, los elementos centrales de la crítica nacionalista al sistema de partidos propio del liberalismo; elementos que, como se ve, se hallan explícitos en el discurso de la Falange.

3.7 Anticomunismo y actitud ante el fascismo

Como todos los movimientos nacionalistas, la Falange evidenció una clara vocación anticomunista, aunque también rechazó con fuerza al fascismo y al nazismo. En cuanto al anticomunismo, algunos, como Alejandro Silva Bascuñán -falangista de la primera hora-, consideraba que una de las principales características de la Falange Nacional era precisamente su eficacia para enfrentar el avance comunista. En efecto, en su libro, *Una experiencia social cristiana*, Silva señala sobre el punto que “la Falange, por su cuerpo de doctrinas, porque ha penetrado en la clase media, porque inspira confianza al pueblo, porque posee el secreto de una mística que arrastra y entusiasma y, sobre todo, porque se la sabe desinteresada y sincera, es, en realidad, la única entidad política con fuerza eficaz para detener al comunismo.”⁴⁶

La Falange tempranamente definió la lucha anticomunista como una de sus tareas principales. En un artículo de octubre de 1937, publicado por la revista *Lircay*, en relación al punto se decía: “la amenaza del comunismo es el peligro más grande que se cierne sobre las sociedades contemporáneas.”⁴⁷ Y en otro artículo, de agosto de 1936, publicado en la misma revista, se afirmaba: “estamos libres de todo prejuicio liberal y pedimos una política de severa prohibición de la propaganda marxista, que amenaza el ser mismo de la nacionalidad chilena.”⁴⁸ Mientras que Manuel Garretón, en un discurso que pronunciara en la Cámara de Diputados el 2 de junio de 1938, sostuvo: “ninguna fuerza política ha luchado en Chile con mayor energía que nosotros en contra del comunismo, que es el peligro máximo para la civilización y para el hombre.”⁴⁹

Desde el punto de vista teórico y filosófico, las críticas de la Falange al comunismo se centraban en dos cosas. A saber, por un lado, en el materialismo que le sería propio; y, por el otro, en razón de que sometería al hombre al Estado.

⁴⁵ Manuel Garretón Walker, op. cit., p.13.

⁴⁶ Alejandro Silva Bascuñán, op.cit. p.160

⁴⁷ Revista *Lircay*, 9 de octubre de 1937, citada por Felipe Portales, op.cit., p.457.

⁴⁸ Revista *Lircay*, 29 de agosto de 1936, citada por Felipe Portales, op.cit., p.448.

⁴⁹ Manuel Garretón, Boletín de sesiones de la Cámara de Diputados, 2 de junio de 1938, citado por Felipe Portales, op.cit., p.457.

En cuanto al fascismo, las definiciones teóricas de la Falange eran menos tajantes. El fascismo, a su juicio, junto al liberalismo y el socialismo, constituía otra de las fuerzas que oprimían al hombre contemporáneo. “Estamos contra el individualismo que oprime al hombre por la tiranía de las fuerzas económicas, y contra el socialismo y el fascismo que lo oprimen por la tiranía del Estado,” decía en un artículo aparecido en *Lircay* en noviembre de 1934. Y, más adelante el mismo artículo agregaba: “ni Estado liberal, ni Estado socialista, ni Estado fascista. Queremos implantar en Chile el Estado cristiano.”⁵⁰

La gran crítica que la Falange hacía al fascismo, -al igual como al socialismo y al comunismo-, era su tendencia estatista. En esta línea, Manuel Garretón, en una intervención en la Cámara de Diputados, del 25 de julio de 1938, sostuvo: “el error del fascismo no está en que existan consejos, no está en que se diga que hay un régimen de tipo corporativo. El error del fascismo está en su filosofía errada, que esclaviza al hombre a la tiranía omnipotente del Estado; está en hacer de la persona humana, que tiene una dignidad por encima de todas las cosas, un simple ente, un mero engranaje estatal.”⁵¹

Este rechazo al fascismo, que hacía la Falange, no dejaba, en todo caso, de tener ciertas ambigüedades. Particularmente en la medida en que algunos de los principales personeros de la entidad se declaraban admiradores de Benito Mussolini, pretendiendo hacer una diferencia entre éste y el fascismo propiamente dicho. Recordemos cómo, al regresar de Europa en 1934, Garretón -según dice Grayson-, más allá de sus reparos filosóficos, habló de Mussolini como de “un gigante” y del fascismo como “el más interesante sistema para estudiar, el mayor intento de remediar los males del régimen democrático liberal.”⁵² A juicio de Garretón, había que hacer una distinción....entre la obra del genio de Mussolini y el régimen fascista.”⁵³

Análogos planteamientos hizo Eduardo Frei desde las páginas de *El Tarapacá*. En efecto, en un artículo del 3 de octubre de 1935, en referencia a la situación italiana, Frei escribió: “no podemos dejar de admirar a este pueblo y a su jefe que le ha sabido infundir una nueva fe, y que por el camino del sacrificio, lo ha levantado hasta la gloria. Este mérito de Mussolini de hacer de la patria italiana una unidad espiritual y material verdaderamente formidable, -agregó Frei- nadie puede discutirlo.”⁵⁴

Quizás estos planteamientos haya que insertarlos en el contexto de la época cuando el grueso de los católicos viera a Mussolini, -y al propio fascismo-, con simpatía en razón de los Pactos de Letrán. Estos pactos, al menos en el caso chileno, no hicieron sino reforzar el atractivo que con anterioridad sentía por el fascismo parte importante del mundo católico, sobre todo de su juventud más conservadora. Como lo señala Felipe Portales, “numerosas características del fascismo podían ser atractivas para los jóvenes conservadores: el antimarxismo; el énfasis en la unidad nacional; la apelación al

⁵⁰ Revista *Lircay*, 9 de noviembre de 1934, citada por Felipe Portales, op. cit., p. 458.

⁵¹ Manuel Garretón, Boletín de sesiones de la Cámara de Diputados, 25 de julio de 1938, citado por Felipe Portales, op.cit., p.460

⁵² George Grayson, op. cit., p.145, 146.

⁵³ Manuel Garretón, en revista *Lircay*, 28 de agosto de 1934, citado por Felipe Portales, op.cit., p.458.

⁵⁴ Eduardo Frei. *El Tarapacá*, 3 de octubre de 1935, citado por Felipe Portales, op.cit., p. 458. Nótese la admiración de Frei por la homogeneidad ideológica de la sociedad italiana inducida por Mussolini, que era la que la Falange deseaba para Chile, pero en torno a las ideas católicas.

espiritualismo y al heroísmo juvenil; el desprecio por el materialismo marxista y burgués; las críticas al capitalismo y a la democracia liberal; y su postulación del corporativismo.”⁵⁵

3.8 Revolución Nacional y Orden Nuevo

Los conceptos de "Revolución Nacional" y "Orden Nuevo", que eran propios de la derecha nacionalista y antiliberal de la época, también expresamente figuran en algunos textos de la Falange. Con ello, una vez más, se pone en evidencia una adscripción ideológica precisa por parte de la entidad. En 1937, a través de las Ediciones Lircay, Ignacio Palma, -a la sazón presidente del falangismo- publicó un texto que llevaba como título *Elementos chilenos para un Orden Nuevo*, uno de cuyos apartados se denominaba *La revolución nacional en marcha*. Allí Palma parece definir tanto a la "Revolución Nacional" como al "Orden Nuevo", en cuya realización la Falange estaría empeñada. Ambos consistirían en la unificación católica del país -concebida como premisa de la recuperación de la perdida unidad nacional-, cuestión que debía dar paso a la configuración del "Estado Nacional", aristocrático, cristiano, popular y autoritario estructurado sobre una base corporativa, descrito más arriba. Para Palma la premisa mayor de ese proyecto estaba conformada por la unificación católica del país. Sólo cuando ella estuviera conseguida -sostuvo en el citado texto- “será posible la instauración del Estado Nacional que realizará el orden nuevo.”⁵⁶

En el artículo de Lircay, del 17 de enero de 1937, citado arriba, se utilizaba la misma terminología. En él, como se recordará, se decía que la Falange haría "realidad la única revolución nacional, auténticamente chilena, para dar al país un Orden Nuevo.”⁵⁷

El otro concepto, en cierto modo análogo, que, evidenciando una clara filiación ideológica, utilizaba la Falange para referirse a su horizonte utópico era el de "Estado nuevo". Este concepto, sin duda, era tomado de la experiencia fascista portuguesa verificada bajo la dictadura de Oliveira Salazar, la cual, -según Silva Bascuñán- tenía muchos admiradores entre los falangistas chilenos. Un artículo de Lircay, fechado en agosto de 1935, afirmaba: “nuestro movimiento (...) aspira a crear en Chile un Estado nuevo, cristiano y nacional, capaz de encausar la vida de nuestra patria hacia destinos de grandeza, de paz y justicia.”⁵⁸ Y en otro artículo de la misma revista, publicado el 8 de mayo de 1937, se decía: “el Estado nuevo no será el resultado de desórdenes ni de revueltas, sino de la formación de un espíritu nuevo, de una conciencia nacional capaz de crearlo, mantenerlo y perfeccionarlo.”⁵⁹ Y así sucesivamente.

3.9 Mesianismo

La perspectiva restauradora/renovadora que la Falange decía encarnar, era defendida por ella de un modo notablemente mesiánico (y nacionalista). La entidad, en

⁵⁵ Felipe Portales, op.cit., p.456.

⁵⁶ Ignacio Palma Vicuña, op. cit., p. 10.

⁵⁷ Revista Lircay, 30 de enero de 1937, citada por Felipe Portales, *Los mitos de la democracia chilena*, tomo II, Ed. Catalonia, Santiago, 2010, p.448.

⁵⁸ Revista Lircay, 8 de mayo de 1935, citado por Felipe Portales, op.cit., p.454.

⁵⁹ Revista Lircay, 8 de mayo de 1935, citado por Felipe Portales, op.cit., p.454.

efecto, se consideraba a sí misma cumpliendo, dentro de la historia de Chile, una verdadera misión providencial, que no era otra que salvar al país de la destrucción que estaría siendo objeto por el liberalismo. Tal misión se orientaría a restaurar “la grandeza y unidad nacional perdida.” Evidenciando dicho mesianismo, Manuel Garretón, en un texto de 1937, decía: “no somos un partido político en el sentido menudo democrático de la palabra: somos una cruzada de redención nacional, que trasciende los límites de derechas e izquierdas.”⁶⁰ El mismo Garretón, en una intervención que realizara el 2 de junio de 1938 en el Congreso, sostuvo: “más que un grupo político como todos los demás, constituye nuestro movimiento una empresa de apóstoles de la chilenidad y del porvenir de la Patria.”⁶¹ Mientras que *Lircay*, en un artículo de agosto de 1938 afirmaba: “nuestro movimiento estaba en la historia de la Patria. Nosotros somos prolongación del viejo espíritu nacional proyectado hacia el porvenir.”⁶² Y añadía: “somos una novedad en la historia de Chile...que viene a servir a una viejo ideal: la unidad de la patria. A base de un indestructible espíritu de unidad social, será en el futuro la estructura jurídica que daremos a la nación...He aquí nuestra razón de ser. Y he, también, aquí las rutas por donde avanzarán un día, tarde o temprano, los caminantes de la Patria.”⁶³

Este mesianismo -que no era exclusivo de la Falange- venía de la mano de una acentuada sensibilidad social y de una preocupación por la suerte de las clases subalternas. No hay que olvidar, sin embargo, que esa sensibilidad también estaba presente en los diferentes movimientos de la derecha nacionalista de la época, quienes culpaban al liberalismo de la situación de miseria que vivían las mayorías. Esta situación, a juicio de los diferentes nacionalismos, era destructora de la unidad nacional y, aún más, de la viabilidad de la nación. De aquí, por lo demás, la crítica que ese nacionalismo hiciera a las oligarquías del dinero -y a su respectiva asociación con la partidocracia liberal- a las que consideraban necesario superar si se quería producir el resurgimiento de la nación.

La sensibilidad social de la Falange habría que verla dentro de ese contexto. En cierto momento ella llegó a lindar con una crítica al capitalismo e incluso, con una pretensión de ir más allá de él. Al respecto cabe mencionar la tesis universitaria de Eduardo Frei Montalva, titulada *El régimen salariado y su posible abolición*, en la que se planteaba que el capital y el trabajo debían estar en las mismas manos. Igualmente llegó a postularse que la tierra debía ser redistribuida. Muchos en la Falange compartían estos planteamientos, los cuales, ciertamente, eran incompatibles con los postulados del Partido Conservador.

3.10 Otros aspectos

Junto a las tesis ya expuestas, hay otros aspectos que conviene recalcar, los que contribuyen a perfilar la identidad ideológica de la Falange. Uno de ellos es la adhesión que la entidad profesara al hispanismo. Recordemos que Frei y Garretón, durante su viaje a Europa, se habían mostrado muy impresionados por el libro de Ramiro de Maeztu, *Defensa de la hispanidad* -verdadera Biblia del nacionalismo español- texto que trajeran al país con el fin de convertirlo en lectura obligatoria de sus seguidores.

⁶⁰ Manuel Garretón, El diario Ilustrado, 28 de febrero de 1937, citado por Felipe Portales, en op.cit., p.455.

⁶¹ Manuel Garretón, Boletín de la Cámara de Diputados, citado por Felipe Portales, op.cit., p. 455.

⁶² Revista Lircay, 24 de agosto de 1938, citada por Felipe Portales, op.cit., p. 455.

⁶³ Revista Lircay, 24 de agosto de 1938, citada por Felipe Portales, op.cit., p. 456.

Adhiriendo al hispanismo, la Falange, por otra parte, se mostró partidaria de la unidad iberoamericana, a la cual concibió en torno a los valores cristianos, que, en su variante católica -según Maeztu, el nacionalismo y el neo tradicionalismo español- serían propios de España.

Otro aspecto que puede ser ilustrativo de la identidad ideológica de la Falange parece estar constituido por el uso de uniformes por parte de su membrecía, y la aspiración de introducir en ella una disciplina de corte militar. Sobre el punto, Grayson sostiene que los jóvenes de la Falange disponían de uniformes y se estructuraban en equipos formados por cuatro falangistas; en secciones constituidas por cuatro equipos; y en grupos, que reunían a cuatro secciones. A la cabeza de cada grupo se hallaba un “brigadier”, siendo el grupo la mayor unidad en la estructura militarizada de la Falange.”⁶⁴ Alejandro Silva Bascuñán -testigo de la época-, aunque relativizándola, corrobora esta información cuando sostiene que “en los tiempos de la Milicia Republicana, de González von Marées y de las Milicias Socialistas, los falangistas llegaron a practicar ejercicios colectivos en que se buscaba imponer algo de la disciplina externa que era la moda de aquél tiempo.”⁶⁵

Otro aspecto que en este marco cabe considerar es la actitud de la Falange Nacional frente a la guerra civil española. Sobre el punto hay que decir que la entidad apoyó el “Alzamiento” franquista en contra de la República, e incluso solicitó al gobierno de Chile que reconociera al régimen nacionalista de Burgos. Todavía más, miembros suyos, como Manuel Garretón y Mario Góngora, participaron en el homenaje que el encargado de negocios del bando nacional organizó en honor a Ramiro de Maeztu al conocerse de su muerte.⁶⁶

Por su parte, la revista *Lircay*, en un artículo del 15 de agosto de 1936, hizo plenamente suyo el discurso del bando nacionalista, sosteniendo que lo que estaba en curso en la península era “la batalla entre la España tradicional y la defensa de sus valores espirituales y las fuerzas que consciente o inconscientemente siguen los dictados de la revolución bolchevista.” Y el artículo agregaba: “la responsabilidad histórica de los revolucionarios -o sea del bando franquista- será inmensa. Hoy se trata de dominar a Moscú y batir a la anti-España. Mañana, después del triunfo, se tratará de organizar a la nación en un verdadero orden que sea la prolongación de la historia de España, en su total y honda significación.”⁶⁷

Sin perjuicio de sus definiciones nacionalistas, la Falange, por otra parte, siempre se caracterizó por definir su campo de acción en los planos exclusivamente legales, a través de los cuales decía transitar hacia sus metas. Del mismo modo, permanentemente asumió la temática católica sobre la dignidad de la persona y el respeto a sus derechos, cuestión que la alejaban del fascismo corriente y la aproximaban al nacionalismo español, e incluso al belga y al francés.

⁶⁴ George Grayson, op. cit., p.146.

⁶⁵ Alejandro Silva Bascuñán, op.cit., p.58.

⁶⁶ Isabel Jara, op. cit, p.56.

⁶⁷ Revista *Lircay*, 15 de agosto de 1936, citada por Felipe Portales, op.cit., p.464.

Conclusiones

En vistas de lo expuesto es necesario reconocer que las concepciones de la Falange, en general, no se limitaban a repetir los tópicos de la Doctrina Social de la Iglesia o del sólo catolicismo social, como suele afirmarse. Lejos de ello, en medida fundamental respondían a aquél sistema conceptual que era propio de la derecha nacionalista católica europea, cuyas expresiones más radicales eran el rexismo belga, la Guardia de Hierro rumana y la Falange Española, entre otras. Independientemente de las diferencias que estas organizaciones tuvieran entre sí, coincidían en sostener que la crisis de la época era de carácter espiritual, a partir de lo cual afirmaban perseguir una regeneración moral basada en los principios de la Iglesia Católica; postulaban la instauración de regímenes fuertes y "gobiernos nacionales" que incluían sistemas corporativos; defendían la abolición del sistema de partidos; proponían un corporativismo y la abolición de la democracia liberal, intentando con ello llevar a cabo un Orden Nuevo a través de una "revolución nacional", etc. Los datos expuestos a lo largo de estas páginas, evidencian que la Falange Nacional chilena hizo suyo esas tesis, -intentando adecuarlas a las realidades nacionales- con lo cual se situó en el plano del nacionalismo de la derecha antiliberal católica del viejo continente.

Debe subrayarse, sin embargo, que si bien la Falange Nacional, -entre su fundación y 1938- en sus textos y discursos, asumió dicho ideologismo, ello no significa que su práctica política fuese análoga a la de sus homólogos europeos, ni que en el plano propiamente ideológico dejara de darles a esas concepciones sus diferenciados énfasis, lo que le otorgaba una particular identidad. Cuestión que quizás sobre todo se expresara en el acento que siempre ella hiciera en orden a transitar hacia el logro de sus objetivos por una vía exclusivamente institucional. Lo dicho se acentuó más tarde cuando el nacionalismo católico en Europa, al estallar la Segunda Guerra Mundial, tendiera a alinearse con el bloque nazi-fascista, y la Falange Española fuera absorbida por la dictadura de Franco, quien en España se apropió del discurso católico animando una especie de "nacional catolicismo."

La Falange chilena, en cambio, no seguirá ese camino, excepto -y sólo temporalmente-, en lo relativo al franquismo. La Falange, en efecto, pronto dejará de lado su primigenio apoyo a Franco y, durante los gobiernos radicales, -bajo el influjo de Jacques Maritain-, se fue reconciliando con la democracia, dentro de cuyos límites siempre actuó, tema que, en todo caso, queda fuera de nuestro análisis.

Recibido: 12 julio 2014

Aceptado: 4 septiembre 2014

Bibliografía

- George Grayson, *El partido demócrata cristiano chileno*, Ed. Francisco de Aguirre, Santiago, Buenos Aires.
- Hernán Ramírez Necochea, *El fascismo en la evolución política de Chile hasta 1970*, Revista Araucaria N° 1.
- Alejandro Silva Bascuñan, *Una experiencia social cristiana*, Editorial del Pacífico, Santiago, 1949.
- Isabel Jara Hinojosa, *De Franco a Pinochet*, Programa de Magister en teoría de la historia del arte. Departamento de teoría de las artes. Facultad de Artes de la Universidad de Chile, Santiago, 2002
- Jorge Vergara, *Operación y movilización. Formas de acción colectiva pre eliticas en la Falange Nacional (1935-1957)*. Revista de la Universidad Bolivariana, Volumen 11, N° 32, 2012.
- Felipe Portales, *Los mitos de la democracia chilena*, tomo II, Ed. Catalonia, Santiago, 2010,
- Eduardo Frei Montalva, *Ideas sobre la reconstrucción del hombre*. Ediciones Lircay, Santiago, 1937.
- La política y el espíritu*, recopilado por Cristian Gazmuri en Eduardo Frei Montalva, Fondo de Cultura Económica, Santiago, 1996
- Ignacio Palma Vicuña, *Elementos chilenos para un orden nuevo*, Ediciones Lircay, Santiago, 1937.
- Manuel Garretón Walker, *Nuestro concepto de la política*, Ediciones Lircay, Santiago, 1937.
- Luis Corvalán Marquez, *Nacionalismo y autoritarismo durante el siglo XX en Chile. Los orígenes, 1903-1931*. Ediciones de la Universidad Raúl Silva Henríquez, Santiago, 2009.
- Sergio Guilisti, *Partidos políticos chilenos*, Editorial Nascimento, Santiago, 1964.
- Cristian Gazmuri, *Eduardo Frei Montalva*, F.C.E., Santiago, 1996.
- Colección de Revistas Lircay